

Antonio Machado y la España (im)posible. A ciento veinte años de *Soledades*

Andrés Echevarría

Academia Nacional de Letras

Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza

No es posible entender en profundidad el pensamiento de Antonio Machado sin hacer antes un repaso de la filosofía, la propuesta y la militancia pedagógica de quien fuera su maestro: Francisco Giner de los Ríos.

Nacido en Ronda el 10 de octubre de 1839, Giner de los Ríos vivió durante su infancia y adolescencia en varias localidades debido al trabajo del padre, que era funcionario de Hacienda. Bernarda de los Ríos Rosas, su madre, era hermana del político Antonio de los Ríos Rosas y es de suponer que los temas de actualidad, con los debates pertinentes de la época, estuvieran presentes en el hogar.

Cuando nació Francisco, los conflictos se sucedían alrededor del poder de Isabel II, beneficiada por la derogación hecha por su padre, Fernando VII, del Reglamento de Sucesión de 1713, comúnmente llamada Ley Sálica. También ocurría que la monarquía cedía autoridad política al Parlamento en España, como en muchos países de Europa, y el futuro reformador de la educación presenció, a los veintinueve años, cómo la reina era obligada al exilio y se iniciaba el período conocido como Sexenio Democrático o Sexenio Revolucionario, en el que se intentaría crear un nuevo sistema de gobierno. Giner de los Ríos ejercía como catedrático numerario de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional en la Universidad de Madrid en 1875, al comienzo del reinado de Alfonso XII y de la Restauración borbónica. Ese año escribió en contra del poder monárquico, una protesta por las destituciones de Julián Sanz del Río y Nicolás Salmerón, como consecuencia de un decreto emitido por el gobierno realista, en el que se exhortaba a los docentes a no estar por fuera del «dogma católico». Sanz del Río, introductor del krausismo en España —filosofía que intenta conectar el idealismo y el materialismo, en conflicto por esa época, así como proponer

la idea de un Dios alejado de ideas absolutistas—, fue el maestro y mentor de Giner de los Ríos, quien junto a Gumersindo de Azcárate representarán el pensamiento del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause, con gran receptividad por parte de valiosos intelectuales españoles. La monarquía —luego de ese corto período de mayor apertura— es restaurada en España y los debates entre dos futuros posibles, el de un país asumiendo los cambios históricos y culturales y otro aferrándose a las antiguas tradiciones monárquicas, irán incrementándose hacia un siglo xx que traerá las peores consecuencias.

La creación de la Institución Libre de Enseñanza fue la concreción de las ideas que Giner de los Ríos había ido elaborando, con una dedicación absoluta, junto con otros colegas. Ideas de inclusión, laicidad, democratizadoras, donde se rompieran los muros de las viejas aulas y el vivir estuviera integrado al aprendizaje: «Un día de campo vale mucho más que un día de clase», afirmó.

Inaugurada en 1876, la Institución Libre de Enseñanza tuvo como primer presidente a Laureano Figuerola, junto a un grupo formado por docentes separados o renunciando a la Universidad de Madrid, por negarse al decreto que imponía dogmas religiosos y morales. En este grupo estaba el propio Francisco Giner de los Ríos, además de Gumersindo de Azcárate, Teodoro Sainz Rueda y Nicolás Salmerón, entre otros; como instituto privado, empezó con enseñanza universitaria y luego incluyó educación primaria y secundaria. Tuvo el respaldo de intelectuales y artistas como José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Joaquín Sorolla y Santiago Ramón y Cajal. Entre sus primeros alumnos estuvo el pedagogo e historiador Manuel Bartolomé Cossío, quien se involucraría con mucha entrega en diversos períodos de la institución. Giner, además de ejercer como docente y antes de convertirse en su rector, estuvo a cargo del boletín en el que colaboraron, durante sus años de existencia, nombres destacadísimos como Bertrand Russell, Henri Bergson, Charles Darwin, Azorín, María Montessori, León Tolstói, H. G. Wells, Rabindranath Tagore, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Eugenio d'Ors, Ramón Pérez de Ayala y Gabriela Mistral.

Asociados a la Institución Libre de Enseñanza se crearon otros institutos, como la Residencia de Estudiantes de Madrid en 1910 —inaugurada por la Junta para Ampliación de Estudios e

Investigaciones Científica para promover la investigación y la educación científica—, que albergó algunos de los protagonistas de la generación del 27 y de la cultura occidental; allí se conocieron y educaron Federico García Lorca, Salvador Dalí, Emilio Prados y Luis Buñuel, entre muchos. Todo este crecimiento y consolidación de un ramaje cultural que proponía una España democrática e integradora, asomándose al siglo xx como ejemplo singular y poderoso, fue truncado por la guerra civil española y la dictadura consecuente, que clausurará la institución, acusándola de traicionar los valores cristianos y morales, de vínculos por parte de sus ideólogos con la masonería y de ser responsable de muchos de los «males» de España. Aquel decreto de 1875 que prohibía a los docentes estar por fuera del «dogma católico», que involucró a Giner de los Ríos y terminó derivando en la creación de la Institución Libre de Enseñanza, triunfaba por las armas en el levantamiento contra la República española en 1936.

Fallecido en 1915, Francisco Giner de los Ríos no vio concretarse otro de sus proyectos fundamentales: las Misiones Pedagógicas que tomaron como referencia sus Misiones Ambulantes planteadas en una lista de reformas educativas. Con Manuel Bartolomé Cossío asumiendo como presidente del proyecto, se convocaron intelectuales, escritores, docentes y artistas que llegaron a casi siete mil localidades españolas entre 1931 y 1936, generando bibliotecas populares, conciertos, museos itinerantes, clases, alfabetizando y acercando obras de la dramaturgia clásica; el teatro universitario La Barraca, de Federico García Lorca, fue creado con este fin.

Cuando, en 1883, Antonio Machado, que tenía ocho años, llegó a Madrid con su familia, ingresó a la Institución Libre de Enseñanza como alumno y tuvo como maestro al propio Francisco. Fue un vínculo que cimentó la filosofía y obra de Machado, lo conceptual de sus versos, la visión de la ética como eje de toda creación literaria. Pero la relación de la familia del poeta con el pedagogo tenía dos antecedentes: un frustrado romance de su maestro con su tía María Machado, y fundamentalmente la cercanía y adhesión al proyecto de Giner por parte de Antonio Machado Núñez, abuelo del poeta.

Cuando Francisco Giner de los Ríos fallece el 18 de febrero de 1915, a los pocos días, fechado el 21 febrero en Baeza, Antonio Machado escribe un conmovedor poema que parece resumir el espíritu y la trascendencia de su maestro:

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.

¿Murió?... Solo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.

Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.

Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.

¡Yunque, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.

...¡Oh, sí!, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.

Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...

Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Antonio Machado, *Soledades* y una ética para la poesía

En Antonio Machado parecen confluír algunas coordenadas que identifican, en la sumatoria, la voz del poeta: la influencia del gran renovador de la poesía en habla hispana como lo fue el nicaragüense Rubén Darío, el interés por el folclore español que le llega por su padre —antropólogo y folclorista—, la ética de Giner de los Ríos, que busca respuestas filosóficas e incluye la idea de un Dios tolerante, espiritual, natural y sin dogmas —«¿Para qué llamar caminos / a los surcos del azar?... / Todo el que camina anda, / como Jesús, sobre el mar»—, y una vida que le llevó a unir profundamente dos regiones esenciales de la cultura española: Andalucía y Castilla.

Antonio nació el 26 de julio de 1875, en una vivienda alquilada en el Palacio de las Dueñas de Sevilla. Fue el segundo hijo varón, once meses menor que Manuel, también célebre poeta y muy cercano durante toda su vida. Su padre era Antonio Machado Álvarez —reconocido con el seudónimo de Demófilo—, jurista, docente y folclorista, y su madre Ana Ruiz Hernández, quien va a vivir con él hasta la muerte de ambos en 1939. En el periódico madrileño *La Caricatura* publica sus primeros textos en prosa, y en 1899 —luego del fallecimiento de su padre en 1893 y de su abuelo en 1896— viaja a París con su hermano Manuel, donde trabaja en la editorial Garnier. En esos años entabla amistad con escritores como Miguel de Unamuno, Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez. En 1902 conoce a Rubén Darío.

Publicado por la imprenta de A. Álvarez, en 1903 nace su primer poemario, *Soledades*, que recibe efusivos reconocimientos y un artículo muy elogioso de Juan Ramón Jiménez. Con evidentes influencias modernistas —los ecos de Darío se perciben en las páginas—, los versos ya muestran toda la intención, ética, sensibilidad y temática que abarcará el resto de su obra.

«La Noria»

I
 La tarde caía
 triste y polvorienta.
 El agua cantaba
 su copla plebeya
 en los canjilones
 de la noria lenta.

Soñaba la mula,
 ¡pobre mula vieja!
 al compás de sombra
 del cristal que sueña.
 La tarde caía
 triste y polvorienta.

II
 Yo no sé qué noble,
 divino poeta,
 unió a la amargura
 de la eterna rueda,
 la dulce armonía
 del agua que sueña,
 y vendó tus ojos,
 ¡pobre mula vieja!...
 Mas se que fue un noble
 divino poeta,
 corazón maduro
 de sombra y de ciencia.

En 1907 publica *Soledades, galerías y otros poemas*, allí incluye veintinueve poemas de su primer libro y agrega otros que sorprenderán, independizarán más su voz y lo colocará, a los treinta y dos años, como uno de los poetas más reconocidos por la intelectualidad de su época. Se reafirma el uso de conceptos éticos y su propuesta no habla desde una marginalidad, sino que se instala en el eje de la acción humana y elogia características humanitarias como las del campesino que trabaja la tierra en contraposición a la «Mala gente que camina / y va apestando la tierra»:

Y en todas partes he visto
 gentes que danzan o juegan,
 cuando pueden, y laboran
 sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
 preguntan adonde llegan.
 Cuando caminan, cabalgan
 a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino,
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

La trascendencia desde lo nimio y tangible es otra característica que le da a la poesía de Machado una oportunidad para la filosofía, en un tono coloquial e introspectivo. El fantástico poema «Las moscas», logra interpretar una vida entera desde un símbolo insólito y cercano, asociado con enfermedades y decadencia, descubriéndonos en oposición la belleza de su universalidad y cotidianidad: «Vosotros, las familiares, / inevitables golosas, / vosotras, moscas vulgares, / me evocáis todas las cosas».

Más allá del reconocimiento por su poesía, la situación económica de Antonio Machado siempre fue mala, no obtenía buenos puestos laborales. El mismo año de la publicación de su segundo libro, consigue una cátedra para dar clases de francés en Soria, donde se instala entre 1907 y 1912 con su madre, alquilando habitaciones en pensiones de esa localidad. Allí conoce y se casa con Leonor Izquierdo —hija de la regente de una de las pensiones donde vive—, cuando ella tenía quince años y él treinta y cuatro.

La historia de amor con Leonor tiene giros de gran dramatismo que afectan profundamente al poeta. En enero de 1911 viajó con su esposa a París para estudiar en el College de France, como él mismo lo cuenta:

Durante el curso de 1910 a 1911 asistí a las lecciones de Henri Bergson. El aula donde daba su clase era la mayor del Colegio de Francia y estaba siempre rebosante de oyentes. Bergson es un hombre frío, de ojos muy vivos.

La estancia en París se vuelve trágica cuando Leonor contrae tuberculosis y deben peregrinar por la ciudad, tratando de conseguir asistencia médica. De regreso a España, y tras una breve estadía en Madrid, se instalan nuevamente en Soria con la esperanza de que los

aires puros de la localidad recuperen a la muchacha. Aún no existían los antibióticos; los tratamientos solo intentaban atenuar los efectos de una enfermedad con altísima mortandad en esos tiempos. Machado empuja una silla de ruedas por senderos con su esposa adolescente hasta su muerte, el 1.º de agosto de 1912, con tan solo dieciocho años. El dolor lo llevó a pensar en el suicidio, como lo va a confesar, pero otra vez la ética y el sentido de utilidad de su poesía lo hacen mantener la esperanza y la razón para seguir creando. De esa época es su poema «A un olmo seco», con sus elocuentes últimos versos: «Mi corazón espera / también, hacia la luz y hacia la vida, / otro milagro de la primavera».

En 1912 se publica *Campos de Castilla*, y la poesía de Machado se consolida como una de las más importantes y reconocibles de su época. Otra vez lo filosófico y ético encuentran espacio entre metáforas, proverbios y paisajes campesinos. España se expresa en sus versos, en una totalidad que tiene la esperanza de un progreso conciliador y necesario, capaz de reconocer en profundidad el alma de sus rincones y su gente. Uno de los símbolos que adquiere fuerza en su poesía, y es reiterado con insistencia, es el del mar, ofreciendo un notable hallazgo a partir de una imagen bíblica —la de Jesús caminando sobre el agua— que se opone a la que ofrecía el cristianismo que pretendía la España más conservadora. Aquí se recuerda la filosofía de Francisco Giner de los Ríos con su krausismo y la prédica libertaria: los senderos en la tierra preestablecen un camino dogmático, mientras el mar ofrece la libertad natural en la que aprender y crecer, integrados a un espacio de percepción tan infinita como el propio conocimiento y la sabiduría. Era el debate de una España que atravesaba esas décadas hacia una grieta cada vez más evidente.

¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!

¡Oh, no eres tú mi cantar!
 ¡No puedo cantar, ni quiero
 a ese Jesús del madero,
 sino al que anduvo en el mar!

Antes de volver a vivir en Madrid en 1932, dictó clases en Baeza y en Segovia. En Baeza, se dio la oportunidad para que un jovencísimo Federico García Lorca lo conociera en 1916. Esto se debió a un viaje de estudios organizado por el profesor Martín Domínguez Berrueta, amigo personal de Machado. La visita se repitió al año siguiente, consolidándose una amistad que partió de la admiración que le profesó García Lorca al poeta que mostraba en sus versos el alma folclórica de España, como luego lo haría también él.

En 1927, Antonio Machado ingresó a la Real Academia Española, y los siguientes años lo encontraron colaborando con su hermano Manuel en proyectos teatrales, así como participando en actividades culturales que se incrementaron cuando se instauró la Segunda República, en la que fue un entusiasta y comprometido defensor. Su imagen aparece en las filmaciones recuperadas hace unos años del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura que se realizó en Valencia, Barcelona y Madrid. La división de la sociedad española deriva en el levantamiento en contra de la República y los trágicos tiempos que empieza a vivir España a partir de 1936. Federico García Lorca es fusilado a solo un mes de comenzado el conflicto, y Machado expresa su dolor en un poema que publica en dos revistas en octubre de ese año:

«El crimen fue en Granada»

A Federico García Lorca

1. El crimen

Se le vio, caminando entre fusiles,
 por una calle larga,
 salir al campo frío,
 aún con estrellas de la madrugada.
 Mataron a Federico
 cuando la luz asomaba.
 El pelotón de verdugos
 no osó mirarle la cara.
 Todos cerraron los ojos;

rezaron: ¡ni Dios te salva!
 Muerto cayó Federico
 —sangre en la frente y plomo en las entrañas—
 ...Que fue en Granada el crimen
 sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada.

2. El poeta y la muerte

Se le vio caminar solo con Ella,
 sin miedo a su guadaña.
 —Ya el sol en torre y torre, los martillos
 en yunque— yunque y yunque de las fraguas.
 Hablaba Federico,
 requebrando a la muerte. Ella escuchaba.
 «Porque ayer en mi verso, compañera,
 sonaba el golpe de tus secas palmas,
 y diste el hielo a mi cantar, y el filo
 a mi tragedia de tu hoz de plata,
 te cantaré la carne que no tienes,
 los ojos que te faltan,
 tus cabellos que el viento sacudía,
 los rojos labios donde te besaban...
 Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
 qué bien contigo a solas,
 por estos aires de Granada, ¡mi Granada!»

3.

Se le vio caminar...
 Labrad, amigos,
 de piedra y sueño en el Alhambra,
 un túmulo al poeta,
 sobre una fuente donde lllore el agua,
 y eternamente diga:
 el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!

Los últimos años de Antonio Machado, entre 1936 y 1939, fueron penosos, mientras era desplazado por el avance de los insurrectos del bando «nacional», constituido por falangistas y otros grupos asociados en contra de la República. Pronto el general Francisco Franco tomaría el liderazgo, se iría debilitando la defensa republicana y el poeta sería presionado para salir de Madrid a pesar de su resistencia. El 24 de noviembre de 1936, fue escoltado por miembros

de Quinto Regimiento del Partido Comunista y llevado a Valencia junto con su madre, los hermanos José, Francisco y Joaquín, una cuñada y dos sobrinas. En ese momento su hermano Manuel se encontraba en Burgos.

En Valencia se instalan en una localidad vecina llamada Rocafort, el 11 de diciembre lee su poema «El crimen fue en Granada» durante un homenaje a García Lorca; este texto está incluido en su último libro publicado en vida ese mismo año, *La guerra*. Participa en julio de 1937 en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura que respaldaba la causa republicana. El avance y asedio de las tropas nacionales hizo que debieran partir hacia una nueva ciudad, que sería el último refugio en España antes de intentar el exilio: Barcelona.

En Barcelona colabora con el diario *La Vanguardia* —había comenzado a hacerlo desde Valencia— con encendidos textos en defensa de la República. En estas condiciones se entera de la explícita adhesión de su hermano Manuel al bando enemigo; un hermano también poeta y célebre como él, con quien había transitado desde un principio un camino que los unía en la literatura: juntos habían vivido las aventuras de las estadias en París, las primeras publicaciones y los proyectos teatrales en común. Se hace imposible la permanencia en Barcelona ante la escasez de alimentos y por la inminente ocupación por parte de las tropas nacionales, y la noche del 22 de enero de 1939, parte la familia hacia el exilio francés como lo estaban haciendo cientos de miles de españoles por esa frontera catalana.

La primera escala, partiendo de Barcelona y luego de viajar toda la noche, será Cerviá de Ter, donde se alojan en la casa de un campesino que les ofrece resguardo. La noche siguiente la pasaron sentados en una casa de campo cerca de Viladasens, esta fue la última noche de Antonio Machado en España. Al día siguiente llegan hasta la frontera de Portbou, donde pierden el equipaje en medio de un panorama desolador de españoles que intentaban salvar la vida atravesando la frontera. Las autoridades francesas intentaban contener con estrictos controles la masiva migración; Antonio y su madre son detenidos, y gracias a la gestión del periodista Corpus Barga, logran pasar; Barga les explicó, mientras mostraba la documentación: «Se trata de don Antonio Machado, un viejo poeta que es en España lo

mismo que Paul Valéry en Francia, y que se encuentra enfermo y tan achacoso como su madre».

Al día siguiente, el sábado 28 de enero de 1939, viajaron hasta Colliure con la compañía también de Corpus Barga, quien tuvo que cargar a la madre de Antonio en brazos ante su imposibilidad de caminar —contará que Ana Ruiz, en ese momento, le susurró al oído: «¿Estamos llegando a Sevilla?»—. Se alojaron en el Hotel Bougnol-Quintana, cuya propietaria, Pauline Quintana, era simpatizante de la República. Barga se encargó de pagar el alojamiento.

En medio del debilitamiento cada vez más evidente que puede constatar en sus últimas fotografías —se le sumaba al cansancio y la tristeza, una afección pulmonar grave que hoy podría ser interpretada como EPOC—, le pidió a su hermano José que lo acompañara hasta la costa a ver el mar. Allí se paró por última vez frente a uno de sus símbolos más profundos y trascendentes, el que había interpretado una visión liberadora de la condición humana, partiendo de la filosofía de Giner de los Ríos que tanto lo había influido, la de ese azar de un Jesús caminando sobre las aguas y no sobre senderos dogmáticos. Antonio Machado miró por última vez el mar y regresó a la pensión, donde murió a las cuatro de la tarde del 22 de febrero de 1939; se le encontró entre sus cosas un verso, posiblemente lo último que escribió: «Estos días azules y este sol de la infancia». Su tumba quedó en esa frontera, como quedó España entera durante cuarenta años; y permanece allí observando desde afuera, en Colliure, el transcurrir del tiempo que dejó atrás los sueños de su maestro y el de su poesía, que buscó una ética vinculada profundamente al sentir de la tierra.

El poema «Retrato», con el que Machado comienza su libro *Campos de Castilla*, parece resumir su vida, incluyendo ese dramático y premonitorio partir «ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar»:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido,
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—

mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina;
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada,
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo;
—quien habla solo, espera hablar a Dios un día—
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Uruguay, el pensamiento de Francisco Giner de los Ríos y la poesía de Antonio Machado

Más allá de la atención por parte de pedagogos uruguayos a la filosofía y conceptos de Giner de los Ríos, su influencia en la educación se suma a la laicidad y democratización que comienza a gestarse a fines del siglo XIX en nuestro país, y pueden encontrarse consecuentes elogios en diversos ensayos de la época y posteriores. En 1945, se crean en Uruguay las Misiones Socio-Pedagógicas, con clara influencia de las Misiones Pedagógicas de la República española. Comienza por la propuesta de estudiantes de Magisterio, a la que se irán sumando estudiantes de medicina, odontología, de la Universidad del Trabajo y agronomía; estas misiones permitían realizar prácticas y asistencia a sectores vulnerables. Además de la asistencia profesional, tal como ocurrió en España, se llevaron a poblaciones rurales espectáculos teatrales, cine, títeres, juegos y conciertos.

La atención por parte de Uruguay a la poesía de Antonio Machado tiene muchas vertientes. La primera podría ser las colaboraciones con la emblemática revista *Alfar*, publicada en La Coruña, creada y dirigida por el poeta uruguayo Julio J. Casal. También los exilios y visitas posteriores a la derrota de la República española de numerosos escritores —Juan Ramón Jiménez, León Felipe, entre otros— que trajeron ecos de un proyecto vencido: dos años antes de su asesinato, visitó Uruguay Federico García Lorca; Margarita Xirgu se exilió de por vida en nuestro país y José Bergamín permaneció casi diez años. Estas personalidades, entre muchos españoles en su ostracismo, llevaron los versos del poeta.

Un aspecto que debe atenderse en lo que refiere a la influencia directa de la obra de Machado en la poesía uruguaya: el modernismo era predominante y expresaba una simbología vinculada a Europa en los primeros años del siglo XX, pero a partir de fines de la década del veinte, la búsqueda de símbolos y paisajes cercanos desplaza las referencias foráneas y encuentra para esto un ejemplo admirable en los versos de Machado. El poeta español se había desprendido de la influencia de Rubén Darío y todo lo que en él había de parnasianos y simbolistas franceses, para atender elementos campesinos y propios de su tierra. En Uruguay, como en otros países de América, se estaba creando un canon propio que también atendía la idiosincrasia y los contextos culturales de cada autor; Machado es para esto un ejemplo, y junto a sus interpretaciones poéticas del alma española